

Nacionalizando memorias periféricas: conmemoraciones y nacionalismo chileno en las regiones de Antofagasta y Tarapacá, 1879-1910

Nationalizing peripheral memories: Commemorations and Chilean nationalism in Antofagasta and Tarapacá, 1879-1910

Gabriel Cid¹

gabriel.cid@udp.cl

Resumen: El presente artículo examina la función de las conmemoraciones como dispositivos socializadores del nacionalismo chileno en las regiones de Antofagasta y Tarapacá, provincias incorporadas a Chile tras la Guerra del Pacífico (1879-1884), en el período comprendido entre 1879 y 1910. Se analizan conmemoraciones locales asociadas a la guerra en las capitales de dichas provincias, como el 14 de febrero en Antofagasta y el 21 de mayo en Iquique, y la conmemoración oficial del Estado chileno, el 18 de septiembre, prestando atención al despliegue ritual que persiguió nacionalizar el calendario festivo de estas provincias, antes pertenecientes a los estados boliviano y peruano, chilinizando y homogeneizando las memorias regionales.

Palabras clave: conmemoraciones, nacionalismo, Guerra del Pacífico, Antofagasta, Tarapacá.

Abstract: This article examines the role of commemorations as socializing devices for Chilean nationalism between 1879 and 1910 in the Antofagasta and Tarapacá regions, incorporated into the Chilean state after the War of the Pacific (1879-1884). The study analyzes local commemorations associated to the war in the capital cities of both provinces, such as February 14 in Antofagasta and May 21 in Iquique, as well as the official commemoration of the Chilean state on September 18. Special attention is granted to the ritual display aiming at nationalizing the celebratory calendar of the former Bolivian and Peruvian provinces, “Chileanizing” and homogenizing its regional memories.

Key words: commemorations, nationalism, War of the Pacific, Antofagasta, Tarapacá.

Introducción

Este artículo examina los intentos del Estado chileno por nacionalizar las regiones de Antofagasta y Tarapacá incorporadas a su soberanía, tras el triunfo en la Guerra del Pacífico (1879-1884), conflicto bélico que lo enfrentó contra Bolivia y Perú. La guerra implicó una reestructuración evidente del panorama regional,

¹ Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile, Universidad Diego Portales.

al significar cambios en la soberanía de extensos territorios en el Pacífico sur. Con la firma del tratado de Ancón de 1883, Perú cedió a Chile “perpetua e incondicionalmente el territorio de la provincia litoral de Tarapacá”, quedando, además, bajo la soberanía temporal chilena las provincias de Tacna y Arica, siendo incorporada esta última definitivamente al Estado chileno en 1929. Bolivia, por su parte, con el pacto de tregua celebrado en 1884 cedió a Chile todo el territorio comprendido desde el paralelo 23° hasta la desembocadura del río Loa, hecho refrendado por el Tratado de Paz y Amistad de 1904, dejando a Bolivia en situación de mediterraneidad.

Esta considerable expansión territorial hacia el norte debe ponderarse no solo en términos cuantitativos (un avance de más de 10° respecto a sus fronteras originales), sino además en términos cualitativos, dado que las riquezas mineras de los territorios incorporados fueron, y continúan siendo, el sostén económico del Estado chileno. De acuerdo a los datos otorgados por el censo de 1907, los territorios anexados tras la guerra por Chile fueron cerca de 170.000 km² (Chile, 1908). La expansión territorial del Estado fue a todas luces notable, no solamente hacia el norte, sino también hacia el sur. Desde la ocupación efectiva hasta la ribera sur del río Bío-Bío, desde la segunda mitad del siglo XIX la expansión siguió hasta el territorio de Magallanes. Como ha calculado Sergio Boisier (2007, p. 17), desde su configuración territorial original de unos 190.000 km², el Estado chileno ha extendido su soberanía hasta unos 756.000 km², es decir, casi cuatro veces.

A pesar de su relevancia económica para el Estado chileno, es preciso señalar el carácter “periférico” de ambas regiones. No solo en términos históricos, en el sentido de su reciente integración temporal dentro de la soberanía chilena, sino también en términos de distancia respecto al centro político del país –Santiago–, dificultando así en términos materiales el despliegue de los mecanismos nacionalizadores por parte de la dirigencia estatal. Basta pensar en los más de 1.300 km. que separan a Antofagasta de la capital, y los casi 1.800 km. que distancian a Iquique de Santiago para ponderar el peso específico del proceso nacionalizador en estas regiones, caracterizadas además por enmarcar al desierto más árido del planeta, el desierto de Atacama.

Si bien la historiografía se ha detenido en explorar diversos aspectos del proceso de “chilenización” de estas regiones, particularmente en lo concerniente a las provincias de Tarapacá y Arica (González, 2002, 2004, 2008; Skuban, 2007; Aguilera, 2009), la dimensión conmemorativa que se presenta en este artículo ha sido, en rigor, inexplorada. Esta dimensión es relevante, en tanto la anexión de dichas regiones por parte del Estado chileno implicó no solamente la creación de un aparato burocrático, jurídico

y financiero funcional a las características de las mismas (González Pizarro, 2010), sino que además presentó desafíos en la reelaboración de las memorias colectivas de sus habitantes, muchos de los cuales pertenecían a nacionalidades diversas e incluso antagónicas a la chilena. El despliegue ritual en estas regiones periféricas obedeció al propósito de chilenizar la memoria y filiar a la población con una nueva historia patria, con sus gestas, efemérides, héroes y mitos asociados. Examinar la implementación de estas nuevas políticas de memoria es, precisamente, el propósito de las páginas que siguen.

Para esto, estudio en primer término la dimensión teórico-metodológica desde la cual es posible analizar la compleja relación entre festividades conmemorativas, identidad nacional y memoria colectiva. En segundo lugar, examino las conmemoraciones asociadas a la Guerra del Pacífico en las ciudades capitales de estas provincias, Antofagasta e Iquique, en tanto representaron la ocasión propicia para evocar periódicamente la singularidad bélica para estas localidades en su proceso de incorporación al Estado chileno. En tercer lugar, analizaré la implementación de las celebraciones del 18 de septiembre –aniversario de la Independencia– como festividades que persiguen el propósito de vincular a ambas provincias con el calendario conmemorativo chileno, en un esfuerzo por homogeneizar la memoria nacional del país.

Respecto a la documentación utilizada esta es, en gran medida, prensa regional del período, lo que permite reconstruir de forma sistemática en el marco temporal aquí examinado el desarrollo de las actividades conmemorativas y los discursos a los que dio lugar. Otro tipo de fuentes son inexistentes para el período, como opúsculos o panfletos alusivos a las fiestas, mientras que la documentación de tipo epistolar (González, 2006) no brinda mayor información. La información oficial, por su parte, es generalmente parca –cuando existe– al referirse a estas actividades

Nacionalismo, fiestas cívicas y memoria

En la actualidad, hay consenso dentro de los estudios sobre la construcción de las identidades nacionales en la importancia que tienen en la conformación de las mismas las instancias conmemorativas. Desde el trabajo pionero dirigido por Eric Hobsbawm y Terence Ranger en 1983, el concepto de “tradiciones inventadas” ha evidenciado la centralidad de las festividades cívicas y las instancias rituales en la socialización masiva de discursos en torno a la nacionalidad. En efecto, como afirma el mismo Hobsbawm, por medio de estos rituales la nación se escenifica en un tiempo y espacio específico, que se

vincula hacia un pasado instrumentalizado para reflejar un sentido de cohesión nacional. A través de la repetición periódica de estas ceremonias, las elites dirigentes se proponen inculcar conscientemente a la población el sentimiento de pertenencia nacional, así como una serie de valores afines (Hobsbawm, 1983). De ahí que la fiesta sea un espacio privilegiado de pedagogía cívica. Pero además, las ceremonias conmemorativas tienen la función explícita de representar los fenómenos del pasado y traerlos simbólicamente al presente. Precisamente estas instancias sirven para mantener y transmitir la memoria de ciertos acontecimientos notables, estableciendo un sentimiento de continuidad temporal entre las experiencias históricas de los muertos y las vicisitudes de los vivos (Connerton, 1989, p. 51), haciendo accesibles experiencias “que caen mucho más allá del limitado espacio de tiempo de la vida de cada individuo” (Rosa *et al.*, 2000, p. 44).

Resulta importante constatar otra serie de fenómenos asociados a las instancias conmemorativas. Por una parte, estas fueron un espacio importante en que los miembros que conformaban la “comunidad imaginada” celebraban en distintas partes del territorio nacional por los mismos motivos y en las mismas fechas, generando de esta forma un sentido tanto de horizontalidad ficticia como de simultaneidad nacional. Además, las festividades cívicas pueden actuar concientizando nacionalmente a las personas ajenas a los privilegios de la ciudadanía. En efecto, estas instancias se presentan como un sustitutivo –precario, vago, intermitente– a la falta de participación política en los destinos de la nación, aunque suplen fugazmente en el plano simbólico esta incoherencia del discurso republicano decimonónico. La nación exhibe en estas instancias sus símbolos, sus héroes, así como refleja las contradicciones subyacentes en el seno de los discursos oficiales que legitiman el poder.

Por otra parte, y este es un punto central en el estudio que aquí se propone, las instancias conmemorativas desempeñan una función capital en la constitución de las memorias colectivas, un elemento central en la formación de las identidades nacionales. Como notó Ernest Renán en su conferencia seminal titulada “¿Qué es una nación?”, el pasado cumplía una función social determinante, pues uno de los fundamentos de las naciones era que sus miembros no solamente tuvieran muchas cosas en común, sino que también hubiesen olvidado muchas otras, poniendo así el acento en la funcionalidad de las representaciones del pasado que posibilitaban la existencia de un sentido de comunidad (Renán, 1983 [1882], p. 16). Renán acertaba en un punto central de la era del nacionalismo: no hay naciones sin memoria. En efecto, en estas páginas entendemos la nación, siguiendo a Anthony D. Smith (1999) desde una perspectiva que, sin obviar la dimensión político-jurídica,

remarque los aspectos culturales, claves para comprender cualquier proceso de construcción de identidad nacional, en tanto releva la importancia del simbolismo, los mitos y la historia dentro de esta.

Como queda en evidencia, el concepto de memoria colectiva resulta central en estas páginas, por lo que su uso requiere ciertas precisiones. A pesar de que autores como Jöel Candau (1996) insisten en el carácter irreductiblemente personal de la memoria, lo que relegaría el concepto de memoria colectiva a ser más bien una noción expresiva antes que explicativa, no es menos cierto que como ya notó hace años Maurice Halbwachs (1925), siempre completamos nuestros recuerdos ayudados con la interacción social de otras memorias, en lo que este autor denominaba los “marcos sociales de la memoria”. En otros términos, la memoria, aún poseyendo una dimensión personal, se exterioriza y se vuelve colectiva por compartida e intersubjetiva, lo que complejiza su estudio por su dimensión necesariamente plural. En este sentido, la definición proporcionada por Paolo Jedlowski resulta pertinente para este trabajo, ya que afirma que la memoria colectiva sería la “selección, interpretación y transmisión de ciertas representaciones del pasado a partir del punto de vista de un grupo social determinado”, y dado que siempre hay intereses y voluntades de memoria disímiles en todo grupo social, el lugar donde dichas voluntades se enfrentan será “la esfera pública, la arena donde grupos diversos compiten por la hegemonía de los discursos plausibles y relevantes dentro de la sociedad en su conjunto” (*in* Montesperelli, 2004, p. 14-15).

Como deja entrever la definición de Jedlowski, una de las lógicas de todo proceso de selección de la memoria colectiva es que se recuerda aquello que es funcional a las acciones del presente. Si bien el aspecto generacional es un factor importante que incide en qué acontecimientos se recuerdan –grupos etarios similares comparten cúmulos de recuerdos que los distinguen de otras generaciones– (Schuman y Scott, 1989), lo que cataliza a nivel social el proceso de rememoración son las necesidades particulares de cada contexto histórico (Schwartz, 1982).

Evidentemente, y aquí retomamos la discusión en función de las conmemoraciones, este proceso de conformación de las memorias colectivas va generalmente de la mano de una política institucional que coadyuva y orienta este fenómeno a través de la propagación de ciertos discursos, por medio de la instauración de fiestas, monumentos, exposiciones e historiografía, entre otras instancias. En efecto, como se ha enfatizado en un trabajo clásico sobre estos temas, las memorias y las identidades no son aspectos inmutables, sino que se caracterizan por su elasticidad, factor que permite examinar sus cambios y acomodos a nuevas circunstancias históricas, muchas veces

como resultados de verdaderas “políticas de memoria” que, de acuerdo a fines específicos, determinan las lógicas del olvido y del recuerdo y la preeminencia de ciertas memorias por sobre otras (Gillis, 1994).

Este punto es central, ya que en el caso de estudio que examinamos en estas páginas, estamos en presencia de territorios anexados tras una contienda bélica que implicó, a futuro, tener que reelaborar las memorias colectivas de estas regiones, obliterando sus “lugares de memoria” –para utilizar el concepto de Pierre Nora (1984-1992)– y establecer otros que permitiesen insertar las narrativas de nación chilena dentro de los mismos. Y dentro de esta reescritura nacionalista de la memoria en estas regiones periféricas, las fiestas cívicas de carácter conmemorativo cumplieron un papel central, como analizamos a continuación.

Conmemorando bautismos de fuego: festividades bélicas y nación en Antofagasta e Iquique

En esta sección, examinaremos el despliegue ritual que implicó el proceso de nacionalización de las regiones anexadas al territorio chileno. En primer término, analizaremos las conmemoraciones asociadas a la Guerra del Pacífico en las principales ciudades de ambas regiones, Antofagasta e Iquique, en tanto se constituyeron en hitos locales que remarcaban periódicamente la especificidad del fenómeno bélico asociado a su incorporación al nuevo Estado. En este sentido, en las páginas que siguen estudiaremos las invenciones rituales del 14 de febrero de 1879 en Antofagasta, para luego centrarnos en las festividades del 21 de mayo de 1879 en Iquique.

Independientemente de las singularidades de las conmemoraciones en Antofagasta e Iquique, existen puntos comunes que conviene destacar antes de analizar en detalle las festividades cívicas. En efecto, en ambas ciudades hubo políticas de memoria de parte de la dirigencia nacional que propendieron a chilenizar el espacio público. En este aspecto, la alteración de la toponimia urbana se volvió crucial, ya que permitía contribuir, de forma cotidiana y banal, a la filiación de la población con hitos nacionales y personajes considerados dignos de recordar. El caso de Iquique es bastante ilustrativo de este proceso. En una fecha temprana, se decretó el cambio en el nombre de las calles iquiqueñas, hecho que, como comentó un periódico local, resultaba “conforme a la nueva época y nuevos señores reinantes en el territorio” (*El Veintiuno de Mayo*, 18/09/1883). Así, el decreto ordenó la sustitución

de todos los nombres asociados a la historia y localidades peruanas que poblaban las calles de la ciudad (por ejemplo, Arequipa, Puno, Lima, Junín, Dos de Mayo, Santa Rosa y Vigil) por el de nombres relacionados directamente con la Guerra del Pacífico: Arturo Prat, Carlos Condell, Eleuterio Ramírez, Patricio Lynch, Ignacio Serrano, Manuel Baquedano, etc. Solo se mantuvieron las “americanistas” calles de Bolívar y San Martín, junto con las calles de Tacna y Tarapacá (Salgado, 2010, p. 43). Incluso, una vez formalizada la anexión chilena de la provincia de Tarapacá en 1884, se pensó en cambiarle su nombre por el de “provincia Arturo Prat”, ya que, como argumentó el diario más importante del país, la soberanía chilena sobre este territorio implicaba también la facultad de renombrarlo. Y como la provincia de Tarapacá había sido el escenario del sacrificio de Arturo Prat, “nada más propio y oportuno que la nueva provincia lleve el nombre del héroe” (*El Mercurio*, 26/04/1884). Sin embargo, y a pesar de discutirse en el Congreso esta moción, la idea nunca prosperó.

El caso de Antofagasta reproduce de forma similar este patrón, aunque la datación de estos cambios resulta más dificultosa. De acuerdo a un plano boliviano de la ciudad de 1869, las principales calles de la urbe llevaban nombres asociados a la historia de ese país y de Hispanoamérica: Santa Cruz, Ayacucho, Colón y Bolívar, entre otras (Garcés, 1999, p. 26). Por otro plano de la ciudad ya chilenizada, en 1896, la variación toponímica resulta significativa, predominando igualmente los nombres asociados a la guerra de 1879: Arturo Prat, 21 de mayo, 14 de febrero, Rafael Sotomayor, Manuel Baquedano, Carlos Condell, Ignacio Serrano, Ernesto Riquelme, etc. (Boloña, 1896, p. 3). Este espacio público urbano sistemáticamente chilenizado por medio de la difusión cotidiana de un “nacionalismo banal” (Billig, 1995), resultaba ser el escenario propicio para las conmemoraciones y su función nacionalizadora de la memoria de la población.

El caso antofagastino difiere, sin embargo, del caso tarapaqueño. En primer término, porque la soberanía efectiva del Estado boliviano en el litoral del Pacífico resultaba no solamente reciente –Antofagasta fue fundada oficialmente en 1868², sino porque incluso en términos demográficos la población era mayoritariamente chilena. En efecto, las migraciones chilenas, particularmente de peones, hacia la zona fueron constantes en el siglo XIX, particularmente en función de los diversos ciclos mineros, como el guano (1840-1850), salitre (1860-1870) y la plata (1870), fenómeno que explica que, por ejemplo, en 1875 cerca del 85% de la población de Antofagasta, de un total de 5.300 habitantes, fuese chilena (Pinto y Valdivia, 1994, p. 119).

² El caso del puerto de Cobija es más complejo, ya que, independientemente a su fundación en el período colonial, su importancia económica para el Alto Perú fue más bien marginal, salvo a inicios del siglo XIX (Cajías, 1975).

Esta situación explica que la ocupación chilena de Antofagasta el 14 de febrero de 1879, la primera acción militar que desencadenaría la Guerra del Pacífico, fuese realizada prácticamente sin oposición armada. La conmemoración del 14 de febrero, en este sentido, fue conceptualizada en la época como una “reivindicación” de un territorio que si bien jurídicamente no pertenecía al Estado chileno, lo era por el derecho que le otorgaba la “civilización”. Como ha argumentado Carmen McEvoy (2011), este concepto se erigió como uno de los ejes estructurantes del discurso bélico chileno, expresado de forma antinómica con la “barbarie” que se atribuía a los adversarios, lo que permitía justificar no solo la violencia que toda guerra involucra, sino también legitimar la incorporación de los ricos territorios salitreros de los países derrotados, dado que la “ociosidad”, “salvajismo” y “anarquía” atribuidos a esos países los hacía indignos poseedores de ellos.

Eso fue lo que expresó, por ejemplo, *El Pueblo Chileno*, periódico de ocupación de la ciudad anexada. Haciendo un balance del primer año de lo que denominó como la “ocupación reivindicatoria de nuestro litoral del norte”, el medio estableció que el territorio nortino siempre había sido chileno, por lo que ahora se celebraba la “recuperación de la honra y la integridad de la nación” (*El Pueblo Chileno*, 14/02/1880). En la misma ocasión, otro periódico de ocupación, denominado precisamente *El Catorce de Febrero*, reflexionaba sobre el cambio de soberanía factual del territorio antofagastino. La bandera chilena ondeando en los edificios de la ciudad era

El emblema de la civilización, de la justicia, de la industria y del trabajo que se desplegaba al viento, anunciando al mundo que habíamos sido redimidos y que este suelo sería parte integrante de la patria chilena. El iris de Bolivia de significación retrógrada y de semi-barbarie, desapareció para siempre ante el fulgor que derramó por doquier la brillante estrella (El Catorce de Febrero, 14/02/1880).

Argumentaciones de este tipo, que reiteraban conceptos tales como “reivindicación”, “reincorporación”, “redención” y “reintegración” territorial, contribuyen a explicar la importancia que tuvo en los años iniciales el 14 de febrero de 1879 como fecha conmemorativa local. La ocupación chilena de la ciudad era “el más memorable acontecimiento que consagra la historia de Antofagasta” (*El Pueblo Chileno*, 15/02/1881), lo que lo situaba, en un plano simbólico, en igualdad con el día de la Independencia nacional chilena, según afirmó un diario local (*El Catorce de Febrero*, 14/02/1880).

A pesar del entusiasmo inicial, la conmemoración del 14 de febrero tuvo su momento de mayor relevancia

festiva solamente durante la década de 1880, es decir, los años iniciales de la ocupación chilena. En efecto, mientras duró el conflicto bélico la conmemoración fue clave dentro de la cultura local. Cada año el gobierno de ocupación junto a la Comandancia General de Armas estableció programas de festejo siguiendo la tónica de las fiestas cívicas de la época: es decir, embanderamiento general, bandas musicales tocando el himno nacional por las calles, ceremonias religiosas, desfiles para finalizar con fiestas populares y fuegos artificiales. Era frecuente, asimismo, que durante los primeros años las ramadas se establecieran días antes y varios días después del día 14, lo que sumados a otras diversiones como las carreras de caballo en la pampa, extendieran los festejos por unos días más (Cf. *El Industrial*, 13/02/1882).

No obstante, con la finalización de la guerra la conmemoración pareció perder pertinencia. Ya en 1883, por ejemplo, un periódico se quejaba de este cambio, al constatar que solo el embanderamiento general, y las diversiones populares organizadas por la sociedad civil le habían dado un carácter festivo a la jornada (*El Industrial*, 14/02/1883). La conmemoración, sin embargo, prosiguió, al menos hasta 1886, cuando se realizó la última fiesta cívica en celebración del 14 de febrero en el período aquí estudiado (*El Industrial*, 13/02/1886). Una revisión sistemática de la prensa local hasta 1910 –*El Industrial*, *El Comercio*, *El Mercurio*– evidencia que la conmemoración cayó en el olvido y no volvería a reaparecer sino hasta la segunda mitad del siglo XX. La pronta chilenezación del territorio del litoral, la ausencia de mayores conflictos interétnicos en la zona dada la mayoritaria población chilena, la falta de batallas relevantes en la conquista de la zona y la pronta retirada de Bolivia de la guerra (en mayo de 1880, a poco más de un año del inicio del conflicto) hicieron que el enfatizar un hecho militar perdiera pronto su simbolismo una vez decantada la efervescencia nacionalista de inicios del conflicto. La conmemoración cívica única y exclusiva para la ciudad en adelante sería la de las fiestas septembrinas, como veremos en el próximo apartado.

El caso del calendario conmemorativo de Iquique, aunque posee aspectos similares, presenta algunas diferencias. En efecto, la conmemoración local por antonomasia, cuando la ciudad fue ocupada por las tropas chilenas a fines del primer año de la guerra, pasó a ser el 21 de mayo de 1879, fecha que recordaba el combate naval que tuvo lugar en la bahía de la ciudad, donde el capitán de la *Esmeralda*, Arturo Prat, murió en heroica acción, siendo en adelante la figura más importante del panteón heroico chileno (Sater, 1973). Dado el impacto del combate en la conformación del imaginario chileno en el conflicto –lo que llevó a diversas ciudades a conmemorar el episodio– no resulta extraño que en Iquique, por ser el escenario de la batalla,

esta haya tenido un realce especial, particularmente porque hasta 1888 los restos de Arturo Prat –además de los de Ignacio Serrano y Juan de Dios Aldea– permanecieron allí antes de ser trasladados a Valparaíso.

El 21 de mayo pronto se posicionó como una festividad cívica de primer orden dentro de la ciudad ocupada, aunque no solo de esta.³ En 1881, en su segundo aniversario, los restos de Prat fueron trasladados a la iglesia parroquial, en medio de una ceremonia que contó con la activa participación de las autoridades chilenas, el clero, las escuelas públicas de la ciudad y los bomberos (*El Veintiuno de Mayo*, 21/05/1881). El protocolo de la conmemoración siguió patrones bastante regulares en el período aquí estudiado. Temprano en la mañana las salvas anunciaban el inicio del día festivo. A las 11:00 las salvas del batallón cívico local recordaban la hora de la muerte de Prat en la cubierta del *Huáscar*, y una hora después, otra salva anunciaba el hundimiento de la *Esmeralda*. Cada año, en la Plaza Prat, el epicentro de la conmemoración, las escuelas públicas depositaban ofrendas florales a los pies del busto erigido en su memoria, donde se entonaba siempre el himno nacional, además de un himno compuesto en homenaje al héroe. La lectura del parte de la batalla en voz alta se encargaba de remarcar ante el auditorio la esencia de la conmemoración. Como toda festividad cívica, la ciudad se embanderaba, se iluminaba especialmente, existiendo un programa definido de diversiones y bailes populares (Cf. *El Veintiuno de Mayo*, 18/05/1883). Desde ese año, además, se inventó la tradición de ir en romería patriótica naval hacia el lugar del hundimiento de la *Esmeralda*, donde las autoridades dejaban ofrendas florales y pronunciaban emotivos discursos, como recordó Francisco Javier Ovalle a inicios del siglo XX (Ovalle, 1908, p. 13-14).

Las escuelas públicas tuvieron un papel destacado durante estas ceremonias, justo en el momento cuando el nacionalismo comenzó a tener un protagonismo inusitado en las actividades educativas del país (Rojas Flores, 2004). Las romerías escolares a la Plaza Prat en las conmemoraciones, la entonación de himnos, la recitación de poemas, entre otras instancias, socializaron y coaccionaron en clave nacional al alumnado de la región. La participación infantil en las festividades no solo se daba dentro del marco escolar. Fue una tradición la participación activa de estos en los carros alegóricos que deambulaban las calles del puerto en estos días. En 1888, por ejemplo, sobre un carro alegórico con la forma de la *Esmeralda* iban varios niños disfrazados de marineros, recitando uno de ellos la arenga de Prat antes del combate (*La Industria*, 23/05/1888) (Figura 1).

Si bien la conmemoración del 21 de mayo continuó ininterrumpidamente en el período aquí examinado, la

década de 1890 tuvo cambios importantes, especialmente porque las festividades se ciñeron a un solo día, a diferencia de los años anteriores, que por lo general se realizaban en dos. Lo relevante es que si en esta década se produjo en el resto del país lo que Sater ha denominado como “la declinación del héroe”, en el sentido del olvido paulatino del culto a Prat (Sater, 1973), en Iquique la conmemoración no perdió vigencia. Como han demostrado algunos estudios, la figura de Prat pervivió en la cultura local pampina, donde continuó presentándose como un modelo de conducta (González, 2003).

No obstante, por ser una zona de frontera, en Tarapacá hubo polémicas respecto a la pertinencia de la conmemoración en una región marcada por la convivencia pluriétnica, donde los mayores porcentajes de sus habitantes provenían de las nacionalidades participantes en la guerra. Por estos motivos, y dado que la conmemoración del 21 de mayo traía periódicamente al presente las rivalidades entre estos grupos, hubo ocasiones en que se pensó en replantear la fiesta para no ofender a la población peruana de la ciudad. En 1889, el Intendente Ramón Yávar propuso el cese del protocolo cívico-militar que acompañaba tradicionalmente la festividad, para no agraviar a la comunidad peruana. Como comentó el periódico afín al Intendente, esta política tenía como objetivo central recordar a la población “que en Sud-América los hijos de todas las repúblicas son hermanos” (*El Progreso*, 21/05/1889). La medida fue prontamente cuestionada por la opinión pública de la provincia. *La Industria* aseguró que la medida carecía de sentido, pues aplicando el mismo principio también debía suprimirse la conmemoración del 18 de septiembre, ya que también se podría argüir que ofendería a los españoles residentes en el país. Toda conmemoración de un hecho bélico presentaba esta situación.



Figura 1. Festejos del 21 de mayo en la Plaza Prat, Iquique, c. 1910. Colección particular Miguel Plaza.

Figure 1. Celebrations of May 21 at the Prat Square, Iquique, c. 1910. Miguel Plaza's Personal Collection.

³ He encontrado esporádicamente en la prensa reseñas de conmemoraciones del 21 de mayo en pueblos de la pampa salitrera como La Noria y Huantajaya, por ejemplo.

Además, agregaba:

Si estas consideraciones se hubieran tenido presentes desde el primer aniversario del 21 de mayo, tal vez serían aceptables, porque entonces si hubieran sido estimadas como un sentimiento de delicadeza y generosidad para no ofender el amor propio de los peruanos aquí residentes y como una medida de una política conciliatoria; pero adoptarla después de diez años de una práctica constante, consagrada por la costumbre, es herir rudamente el patriotismo chileno, sacrificándolo en aras de una torpe y ruin adulación” (La Industria, 22/05/1889).

Aunque la conmemoración se restableció con sus lógicas anteriores inmediatamente, hubo intentos de acomodar el sentido de la festividad en una lógica afín al *modus vivendi* de una provincia pluriétnica. En 1891, un periodista sostuvo que en casi todas las conmemoraciones “hay una nota de jactancia nacional, más o menos hiriente para el sentimiento de algún pueblo amigo”. Sin embargo, aclaraba, esto no sucedía con el 21 de mayo. Más que celebrar una acción de guerra, situación que pasaba a un segundo plano, lo que se conmemoraba era la lección cívica que había brindado el capitán Prat en esa fecha: “En dos palabras, lo que Chile conmemora, lo que Chile glorifica hoy es la concepción grandiosa del deber para con la bandera y con la patria que llevó al comandante Arturo Prat a hacer el sacrificio de su vida” (*La Patria*, 21/05/1891). El argumento no fue aislado. En 1904 otro diario señaló que la celebración del 21 de mayo

no envuelve ofensa para nadie; no es la de una derrota de un adversario, sino la de una pura y excelsa gloria nuestra, por todos reconocida sin discusión y por todos alabada; más aún, la de una gloria universal, puesto que ha traspasado hace tiempo las fronteras chilenas, irradiando al mundo entero sus fulgores (El Nacional, 21/05/1904).

El cambio de siglo significó novedades respecto a la conmemoración del 21 de mayo, en especial por la articulación entre lo estatal y la sociedad civil local en la organización de la festividad. A la clásica participación de los militares acantonados en el puerto, las escuelas públicas y los bomberos, deben añadirse otras, tales como las sociedades Gran Unión Marítima y la Protectora de Trabajadores. En este punto, conviene destacar el protagonismo que tendrán en la conmemoración, al menos desde 1902, la Sociedad de Veteranos de 1879. La historiografía ha destacado el protagonismo que este tipo de sociedades, creadas a lo largo del país, tuvieron a inicios

del siglo XX en su esfuerzo por reposicionar la guerra en la memoria colectiva del país (Méndez Notari, 2004). En el caso iquiqueño, sin embargo, su relevancia es mayor y más temprana que en el resto del país. Cada año, los excombatientes de la guerra asistían en romería patriótica a depositar una ofrenda floral a los pies del busto a Prat. En 1904 los sobrevivientes del combate de Iquique residentes en la ciudad, Manuel Concha y Wenceslao Vargas fueron los encargados de realizar este homenaje (*El Nacional*, 21/05/1904).

La activa y protagónica presencia en las festividades de los veteranos, que de acuerdo a un cálculo de 1909 ascendían en la zona a unos 150 miembros (*El Chileno del Norte*, 28/07/1909), permite aproximarnos a la construcción de memoria e identidad nacional desde una lógica distinta a la conformación oficial. En este sentido, resulta pertinente el concepto de Jay Winter de “remembranza colectiva” (Winter, 1999, p. 6-10), que remite a una construcción mnemónica diferente a la estatal, apuntado más bien a la necesidad individual de compartir en público las vivencias personales de una experiencia tan profunda e impactante como la guerra, evitar su olvido y sus implicancias y lecciones para el presente.

Como hemos visto, la conmemoración del 21 de mayo de 1879 tuvo una significación particular para la ciudad de Iquique, que la distingue del resto del país. Como afirmó en una ocasión un periódico:

A Iquique más que a ningún otro pueblo de la República le corresponde el deber, que es también un honor, de conmemorar dignamente la memoria de los héroes, porque en sus tranquilas aguas de su bahía, inmortalizada desde entonces, hallaron ellos gloriosa tumba; y ante sus erguidas serranías, limpio cielo y espumantes olas combatieron porfiadamente, dando hermosos ejemplos al mundo de abnegación, de bravura y de patriotismo (El Nacional, 21/05/1904).

Esta situación explica la realización ininterrumpida de la festividad en el período aquí examinado, siendo considerado desde sus inicios como un día cívico local. Para el resto del país, por el contrario, el 21 de mayo tuvo un carácter oscilante. Solo en 1897 el Ministerio de Educación decretó la fecha como día cívico festivo para los escolares, y en una fecha más tardía, en 1915, fue cuando el Congreso estableció el 21 de mayo como día festivo nacional, llamándolo el Día de las Fuerzas Navales. En Iquique, desde sus inicios, y hasta el día de hoy, la invención de la tradición fue exitosa.

Nacionalizando memorias periféricas: la implementación de la conmemoración del 18 de septiembre

En este apartado, examinamos la implementación en ambas regiones de la conmemoración oficial del Estado chileno, el 18 de septiembre, aniversario de la Independencia nacional, festividad que homogeniza las memorias regionales fundiéndolas en el relato integrador de la memoria oficial. Como ha señalado Paulina Peralta (2007), tras la pluralidad festiva inicial del siglo XIX, donde competían en un plano de igualdad simbólica las conmemoraciones del 18 de septiembre, el 12 de febrero y el 5 de abril, todas fechas asociadas a hitos del proceso independentista nacional, la dirigencia estatal optó en 1837 por subsumir todas las festividades nacionales en la celebración del 18 de septiembre, que en adelante se constituyó en la fiesta patria por antonomasia. La importancia de las festividades septembrinas reside, afirma Peralta, en la conjugación de la solemnidad cívica y la dimensión popular presentes en cada uno de los festejos, forjando, en definitiva, una “fiesta oficial con caracteres carnaavalescos” que explica su relevancia como dispositivo para construir nación.

En el caso de las provincias analizadas aquí, la implementación de la festividad se dio inmediatamente con la ocupación del territorio producto de la guerra. En Antofagasta, por ejemplo, las celebraciones organizadas por las autoridades político-militares del puerto duraron dos días, presentando un marcado carácter castrense (*El Pueblo Chileno*, 16/09/1879). En 1880, un diario iquiqueño, por su parte, reseñó que las festividades “han sido numerosas y el entusiasmo general y desmedido” (*El Veintiuno de Mayo*, 22/09/1880).

Evidentemente, al ser la única y exclusiva fiesta nacional propiamente tal, no resulta extraña la pronta incorporación de las regiones de Antofagasta y Tarapacá a esta tradición conmemorativa, toda vez que, como recordó un diario iquiqueño en 1899:

El 18 de septiembre es para todos los chilenos la fecha más simpática y más querida, y al mismo tiempo la de más alto y trascendental significado, pues marca el punto culminante en la historia de la Nación y la síntesis, puede decirse así, de sus grandes días de abnegación, de sacrificio y de gloria (El Nacional, 17/09/1899).

Dada su importancia simbólica, las festividades septembrinas se presentaban como un momento propicio para publicitar las bondades de la nueva pertenencia nacional de los territorios, en un persistente ejercicio ideológico de implementación de una nueva historia patria y sus rasgos característicos. La tónica de los periódicos en ambas ciudades antes y durante la celebración era previsible: difusión de documentos históricos, presentación de poemas alusivos a la fecha, letra de canciones e himnos patrióticos, reseñas biográficas de los héroes de la Independencia, etc. Asimismo, la fecha permitía diseminar insistentemente una serie de lugares comunes en torno a las características de la nación chilena, sirviendo como una fuente importante de propaganda nacionalista. En 1881, por ejemplo, *El Veintiuno de Mayo* (18/09/1881) insistió en uno de estos lugares comunes, presentando el desarrollo de la nación como el de un continuo progreso hasta posicionarse como una de las potencias continentales: “Chile, pobre y pequeña colonia en 1810, es en 1881 una nación rica y grande, cuyos límites puede trazar hoy con su espada vencedora por el territorio de dos naciones enemigas; domina todo un océano con sus naves; y ahora mismo tiene sujeta a su ley y es dueño de los destinos de una de las repúblicas más poderosas del Pacífico”.

Las conmemoraciones siguieron el protocolo característico que tenían en el resto del país. Por lo general, las celebraciones se extendían durante tres días, donde los programas siempre presentaban ciertas constantes: salvas al amanecer de los días de fiesta, embanderamiento general de la ciudad, iluminación especial, carros alegóricos, fuegos artificiales, Te Deums, desfiles militares, participación activa de las escuelas públicas entonando himnos, declamando poemas o recibiendo premios,⁴ lectura de textos históricos como el acta del 18 de septiembre de 1810, y el establecimiento de *ramadas* o *fondas* como el epicentro de las diversiones populares, formaban parte de la tónica de las festividades septembrinas. Evidentemente, las celebraciones no se circunscribieron a las ciudades de Antofagasta e Iquique. La invención de la tradición en estas regiones fue rápidamente exitosa, extendiéndose hacia los pueblos interiores y las minas salitreras, repitiendo patrones similares en la festividad. Así, por ejemplo, he accedido a los programas y reseñas de las celebraciones en localidades tan diversas como Pozo Almonte (*El Veintiuno de Mayo*, 18/09/1883), Pisagua, las salitreras y poblados de Junín, Lagunas Central, North Lagunas, Sur Lagunas, Buena Ventura, Ramírez y Huara (*La Patria*, 17/09/1895),

⁴ Evidentemente, la participación obligatoria de las escuelas públicas en estas festividades ocasionó conflictos con los alumnos peruanos y bolivianos residentes en las ciudades. En el caso iquiqueño, por ejemplo, en una fecha temprana como 1881 un diario local protestó ante el hecho de que los alumnos peruanos quisieran ausentarse de las celebraciones. El periódico criticó la existencia de estos “sentimientos bastardos” y mostró su sorpresa ante el hecho de que los padres les inculcaran desde temprano “ideas de odio que no harían más que corromper tristemente sus bellas almas”. Era preciso recordar que la Independencia chilena era, al mismo tiempo, “una gloria americana”, por lo cual la inasistencia resultaba inexcusable (*El Veintiuno de Mayo*, 17/09/1881).

Dolores (*El Nacional*, 14/09/1898), La Noria (*El Nacional*, 16/09/1904), San Lorenzo y La Hansa (*El Pueblo Obrero*, 27/07/1907). Luis Castro (1988), por su parte, ha encontrado referencias de la festividad en 1899 en enclaves mineros como las oficinas de La Granja, Alianza, Santiago y Agua Santa.

A pesar de presentar un sustrato de elementos comunes, las conmemoraciones en Antofagasta e Iquique presentaban algunos elementos diferentes. En la primera ciudad, por ejemplo, la implementación de los desfiles militares, una vez finalizada la guerra, fue relativamente tardía. Solo desde 1896 comenzó a realizarse la parada militar, que en esa ocasión reunió a más de 3 mil personas en la pampa (*El Industrial*, 22/09/1896). Un par de años después se incluyó dentro del programa habitual de la celebración el juramento a la bandera de las Guardias Nacionales (*El Industrial*, 21/09/1898), aumentando así los contenidos castrenses de las festividades. En Iquique, el aniversario de 1884 fue la ocasión escogida por la Intendencia de la zona para realizar la entrega de las medallas a los soldados chilenos tras la guerra. El jefe político de la zona, Gonzalo Bulnes, quien posteriormente sería el más importante historiador de la Guerra del Pacífico, alabó a los soldados, afirmando que no había “mayor satisfacción para un corazón chileno que recibir la medalla de la guerra en este territorio adquirido por vuestros esfuerzos” (*El Veintiuno de Mayo*, 23/09/1884) (Figura 2).

La implementación de las festividades del 18 de septiembre tuvo que hacer frente a otras tradiciones conmemorativas arraigadas en estas las provincias. ¿Qué aconteció con las conmemoraciones anteriores de los territorios incorporados al Estado chileno? Mientras que



Figura 2. Desfile del Regimiento Esmeralda en Antofagasta, 19 de septiembre de 1906. Colección particular Miguel Plaza.

Figure 2. Emerald Regiment Parade in Antofagasta, September 19, 1906. Miguel Plaza's Personal Collection.

en Antofagasta la celebración boliviana del 6 de agosto desapareció, la festividad del 28 de julio –celebración de la Independencia del Perú– en Iquique continuó celebrándose por la importante comunidad peruana del puerto, aunque evidentemente con variaciones. Durante los años de la Guerra del Pacífico, la conmemoración claramente desapareció, solo para reaparecer hacia 1884, cuando los esfuerzos diplomáticos intentaban restablecer la cordialidad entre Chile y Perú. Un diario local, por ejemplo, a propósito del aniversario peruano, se refirió a esta nueva atmósfera: “Después de los últimos años de una odiosa enemistad y cuando la paz ha vuelto a hermanar estrechamente los sentimientos de peruanos y chilenos, nos es especialmente grato y satisfactorio aprovechar la ocasión de una fecha como la de mañana, de tan queridos recuerdos para el Perú, para unir nuestros votos de los hijos de esta nación y deseársle todas las felicidades que puedan ambicionar los pueblos amantes del progreso y el engrandecimiento de su nombre” (*El Veintiuno de Mayo*, 27/07/1884). Lo cierto es que la prensa de la ciudad, en el período aquí estudiado, con frecuencia editorializó sobre el aniversario peruano, aunque en una clave americanista que buscaba rehacer los vínculos históricos entre ambos países, resaltando que la lucha independentista peruana había sido, también, una empresa chilena.

Este ambiente propio de “tolerancia cultural” de fines del siglo XIX, antes que la efervescencia nacionalista del cambio de siglo agudizara el proceso de chilenización de la frontera (González, 2010, p. 71), explica la pervivencia de la festividad peruana, aunque en una lógica más bien privada. Si bien es cierto en algunas ocasiones bandas chilenas, a modo de homenaje, tocaban el himno nacional peruano (Cf. *La Industria*, 29/07/1888; *La Patria*, 28/07/1893), con el paso del tiempo la fiesta se privatizó, consistiendo por lo general en cenas brindadas ya por el consulado, por el Club Peruano o, especialmente, por la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos, que al menos desde 1898 en adelante se encargará de organizar, dentro de su recinto, los homenajes a la Independencia de su país.

Retomando el análisis de la conmemoración del 18 de septiembre en las provincias de Antofagasta y Tarapacá, este se cierra con la celebración del centenario de la Independencia chilena, en 1910. Las festividades del centenario fueron un hito crucial en las primeras décadas del siglo XX, en tanto que, al alero de un discurso nacionalista que sería hegemónico en esos años y en los siguientes, los problemas relativos a la construcción de una memoria patriótica estuvieron presentes en la agenda política y cultural de las dirigencias nacionales y locales. Evidentemente, la conmemoración se presentó como un momento propicio para forjar un relato integrador que no solo relevase los supuestos éxitos del proyecto republicano,

tanto en su dimensión política y económica, sino también reforzar dentro de la nación la idea de su excepcionalidad dentro del contexto hispanoamericano. Cada ciudad, partiendo por la capital, Santiago, implementó ambiciosos programas de festividades, que además de cumplir con las tradicionales ceremonias, perseguía materializar el discurso del progreso a través de la inauguración de obras públicas, u homenajear a los héroes nacionales mediante el renombramiento de calles y erección de monumentos (Reyes, 2004, 2007; Soto y Medina, 2006; Donoso, 2007).

En el caso de las ciudades aquí examinadas, a pesar de su relativamente reciente integración al Estado chileno, las celebraciones estuvieron a la par que en el resto del país. En Antofagasta, por ejemplo, las festividades del centenario se extendieron ininterrumpidamente desde el 16 al 21 de septiembre. Además del protocolo común presente en estas fiestas cívicas, como las declamaciones de los alumnos a los Padres de la Patria –de hecho, fueron rebautizadas dos calles principales de la ciudad con los nombres de O’Higgins y Carrera– las escuelas públicas realizaron el acto del juramento a la bandera (*El Mercurio*, 16/09/1910). Se inauguró, además, la Plaza del Centenario, y se colocó la primera piedra de la Columna de la Libertad, un obsequio de los residentes alemanes (Agullo, 2012, p. 6). En Iquique, una comisión organizada desde mayo para recaudar fondos para las festividades (*El Tarapacá*, 20/05/1910) se encargó, junto a la alcaldía y la Intendencia, de programar las actividades, que se extendieron del 17 al 21 de septiembre. Al igual que Antofagasta, el programa iquiqueño contemplaba una activa participación de los alumnos de las escuelas públicas y una serie de diversiones populares. No obstante, dentro de las políticas de memoria llevadas a cabo con esta ocasión, se reemplazó el antiguo busto a Prat existente en la Plaza del mismo nombre, por una estatua más imponente del mismo héroe. La ceremonia, además de los discursos de las autoridades, contempló la lectura en voz alta del acta de la Independencia al pie del nuevo monumento, por el presidente de la Sociedad de Veteranos, Joaquín Brito (*El Nacional*, 17/09/1910) (Figura 3).

Reflexiones finales

A lo largo de estas páginas se ha examinado el proceso de nacionalización de los territorios de Antofagasta e Iquique por medio de la implementación de políticas de memoria asociadas a las conmemoraciones. La imposición de una nueva historia patria, con sus héroes, gestas, efemérides y relatos fundacionales encontró en las instancias festivas un espacio propicio para llevar a cabo el proceso de pedagogía cívico-patriótica entre la población.



Figura 3. Monumento a Arturo Prat, Iquique, c. 1910. Colección particular Miguel Plaza.

Figure 3. Arturo Prat Monument, Iquique, c. 1910. Miguel Plaza’s Personal Collection.

El nacionalismo, en tanto construcción ideológica que apela a cohesionar e integrar simbólica y emotivamente a los habitantes de un Estado, tuvo que afrontar el carácter fronterizo y periférico de estos nuevos espacios regionales, ajenos a la imaginación territorial del Estado chileno decimonónico, que concebía el Valle Central como el centro de su narrativa histórica. El carácter fronterizo e inhóspito de estos nuevos espacios, con sus especificidades históricas, demográficas, climáticas, económicas, culturales y étnicas, significó un evidente desafío en la construcción de un relato homogeneizador de nación para la dirigencia chilena.

Sin embargo, el peso específico del fenómeno bélico en el proceso no solo de incorporación territorial, sino también en las identidades locales, contribuyó a acelerar el proceso de nacionalización de estos espacios regionales. A diferencia del resto del país, el énfasis en la Guerra del Pacífico como hito fundacional en la construcción de las nuevas memorias locales se evidenció no solamente en la toponimia urbana, en el nombre de periódicos, escuelas, negocios y asociaciones, sino también en la implementación de calendarios festivos, como los casos del 14 de febrero y el 21 de mayo examinados en estas páginas. Esta política de memoria en especial posibilitaba la negación periódica de los pasados nacionales boliviano y peruano, y ensalzaba y legitimaba ritualmente la violencia seminal de su incorporación al Estado chileno. Paradójicamente, estas regiones “periféricas” espacial e históricamente al núcleo territorial chileno, pasaron a tener no solamente un rol central en el entramado económico del Estado por la riqueza salitrera, sino también en el imaginario nacional, en tanto las acciones militares del conflicto iniciado en 1879 tuvieron a este territorio como su escenario de desarrollo. La guerra y la economía, permitían así, situar a estos espacios regionales periféricos en un sitio privilegiado dentro del Estado-nación chileno.

Referencias

- AGUILERA, R. 2009. Resistencia y ciudadanía en la chilenización de los valles tarapaqueños, 1900-1930. *Diálogo Andino*, **34**:77-100.
- AGULLO, E. 2012. *1er Centenario de la Independencia en Antofagasta, república de Chile: album 1910*. Santiago, Ricaaventura, 214 p.
- BILLIG, M. 1995. *Banal Nationalism*. London, Sage, 200 p.
- BOISIER, S. 2007. *Territorio, Estado y sociedad en Chile: la dialéctica de la descentralización: entre la geografía y la gobernabilidad*. Alcalá. Tesis Doctoral, Universidad de Alcalá, 339 p.
- BOLÓN, N. 1896. *Álbum de planos de las principales ciudades y puertos de Chile*. Santiago, [s.e.], 18 p.
- CANAU, J. 1996. *Anthropologie de la mémoire*. Paris, Presses Universitaires de France, 127 p.
- CAJÍAS, F. 1975. *La provincia de Atacama: 1825-1842*. La Paz, Instituto Boliviano de Cultura, 390 p.
- CASTRO, L. 1988. El 18 de septiembre de 1899 en la pampa salitrera. *Camanchaca*, **7**:43-45.
- CHILE. 1908. *Censo de la república de Chile, levantado el 28 de noviembre de 1907*. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1320 p.
- CONNERTON, P. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge, Cambridge University Press.
<http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511628061>
- DONOSO, J. 2007. *Celebración del Centenario patrio en la ciudad de Santa Rosa de los Andes*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 80 p.
- GARCÉS, E. 1999. *Las ciudades del salitre: un estudio de las oficinas salitreras en la región de Antofagasta*. Santiago, Orígenes, 145 p.
- GILLIS, J.R. (ed.). 1994. *Commemorations: The Politics of National Identity*. Princeton, Princeton University Press, 290 p.
- GONZÁLEZ, S. 2002. *Chilenizando Tunupa: la escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990*. Santiago, DIBAM/Universidad Arturo Prat, 292 p.
- GONZÁLEZ, S. 2003. El símbolo de Prat en la mentalidad popular tarapaqueña durante el ciclo del salitre. *Si Somos Americanos*, **5**:107-122.
- GONZÁLEZ, S. 2004. *El dios cautivo: las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago, LOM, 194 p.
- GONZÁLEZ, S. 2006. *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*. Santiago, DIBAM/CINDE /Universidad Arturo Prat, 1053 p.
- GONZÁLEZ, S. 2008. *La llave y el candado: el conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*. Santiago, LOM/Universidad de Santiago, 208 p.
- GONZÁLEZ, S. 2010. Nación, salitre y frontera: siete momentos clave en el proceso de integración de Tarapacá a Chile, 1880-1929. In: G. CID; A. SAN FRANCISCO (eds.), *Nacionalismos e identidad nacional en Chile: siglo XX*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, vol. 2, p. 63-106.
- GONZÁLEZ PIZARRO, J. 2010. La provincia de Antofagasta: creación y consolidación de un territorio nuevo en el Estado chileno: 1888-1933. *Revista de Indias*, **LXX**(249):345-380.
<http://dx.doi.org/10.3989/revindias.2010.011>
- HALBWACHS, M. 1925. *Les cadres sociaux de la mémoire*. Paris, F. Alcan, 404 p.
- HOBSBAWM, E. 1983. Introduction: Inventing Traditions. In: E. HOBSBAWM; T. RANGER (eds.), *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, p. 1-14.
- MCEVOY, C. 2011. *Guerreros civilizadores: política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 431 p.
- MÉNDEZ NOTARI, C. 2004. *Héroes del silencio: los veteranos de la Guerra del Pacífico (1884-1924)*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 137 p.
- MONTESPERELLI, P. 2004. *Sociología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 189 p.
- NORA, P. (dir.). 1984-1992. *Les lieux de mémoire*. Paris, Gallimard.
- OVALLE, F.J. 1908. *La ciudad de Iquique*. Iquique, Imprenta Mercantil, 350 p.
- PERALTA, P. 2007. *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*. Santiago, LOM, 214 p.
- PINTO, J.; VALDIVIA, V. 1994. Peones chilenos en tierras bolivianas: la presencia laboral chilena en Antofagasta, 1840-1879. *Población y Sociedad*, **2**:103-132.
- RENÁN, E. 1983 [1882]. *¿Qué es una nación?* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 41 p.
- REYES, S. 2004. *Chile en 1910: una mirada cultural en su Centenario*. Santiago, Sudamericana, 374 p.
- REYES, S. 2007. *El Centenario de Chile (septiembre de 1910): relato de una fiesta*. Santiago, Globo, 142 p.
- ROJAS FLORES, J. 2004. *Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880-1950*. Santiago, Ariadna, 392 p.
- ROSA, A.; BELLELLI, G.; BAKHURST, D. 2000. Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional. In: A. ROSA; G. BELLELLI; D. BAKHURST (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid, Biblioteca Nueva, p. 41-87.
- SALGADO, A. 2010. Memoria, heroicidad y nación: monumentos, topónimos, estampillas, monedas y billetes en Chile, 1880-1930. *Bicentenario: Revista de Historia de Chile y América*, **9**(2):29-58.
- SATER, W. 1973. *The Heroic Image in Chile: Arturo Prat, Secular Saint*. Berkeley, University of California Press, 243 p.
- SCHUMAN, H.; SCOTT, J. 1989. Generations and Collective Memories. *American Sociological Review*, **54**(3):359-381.
<http://dx.doi.org/10.2307/2095611>
- SCHWARTZ, B. 1982. The Social Context of Commemoration: A Study in Collective Memory. *Social Forces*, **61**(2):374-402.
- SKUBAN, W. 2007. *Lines in the Sand: Nationalism and Identity on the Peruvian-Chilean Frontier*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 314 p.
- SMITH, A.D. 1999. *Myths and Memories of the Nation*. New York, Oxford University Press, 281 p.
- SOTO, A.; MEDINA, C. (eds.). 2006. *Concepción en el Centenario Nacional 1810-1910*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 156 p.
- WINTER, J. 1999. Setting the Framework. In: J. WINTER; E. SIVAN (eds.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*. Cambridge, Cambridge University Press, p. 6-39.
<http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511599644.003>

Fuentes primarias

- LA INDUSTRIA. 1888. Iquique, 23 mayo.
- LA INDUSTRIA. 1889. Iquique, 22 mayo.
- LA INDUSTRIA. 1888. Iquique, 29 junio.
- LA PATRIA. 1891. Iquique, 21 mayo.
- LA PATRIA. 1895. Iquique, 17 septiembre.
- LA PATRIA. 1893. Iquique, 28 julio.
- EL CATORCE DE FEBRERO. 1880. Antofagasta, 14 febrero.
- EL CHILENO DEL NORTE. 1909. Iquique, 28 julio.
- EL INDUSTRIAL. 1882. Antofagasta, 13 febrero.

EL INDUSTRIAL. 1883. Antofagasta, 14 febrero.
EL INDUSTRIAL. 1886. Antofagasta, 13 febrero.
EL INDUSTRIAL. 1896. Antofagasta, 22 septiembre.
EL INDUSTRIAL. 1898. Antofagasta, 21 septiembre.
EL MERCURIO. 1884. Valparaíso, 26 abril.
EL MERCURIO. 1910. Antofagasta, 16 septiembre.
EL NACIONAL. 1904. Iquique, 21 mayo.
EL NACIONAL. 1898. Iquique, 14 septiembre.
EL NACIONAL. 1904. Iquique, 16 septiembre.
EL NACIONAL. 1909. Iquique, 17 septiembre.
EL NACIONAL. 1910. Iquique, 17 septiembre.
EL PROGRESO. 1889. Iquique, 21 mayo.
EL PUEBLO CHILENO. 1880. Antofagasta, 14 febrero.
EL PUEBLO CHILENO. 1881. Antofagasta, 15 febrero.

EL PUEBLO CHILENO. 1879. Antofagasta, 16 septiembre.
EL PUEBLO OBRERO. 1907. Iquique, 27 julio.
EL TARAPACÁ. 1910. Iquique, 20 mayo.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1883. Iquique, 18 septiembre.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1881. Iquique, 21 mayo.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1883. Iquique, 18 mayo.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1880. Iquique, 22 septiembre.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1881. Iquique, 18 septiembre.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1881. Iquique, 17 septiembre.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1884. Iquique, 23 septiembre.
EL VEINTIUNO DE MAYO. 1884. Iquique, 27 julio.

Submitido: 15/01/2013

Aceito: 08/10/2013

Gabriel Cid
Universidad Diego Portales
Ejército 333, Región Metropolitana
Santiago, Chile